

Lin Foxhall. *Studying gender in Classical Antiquity.* Cambridge, University Press, 2013, 188 pp.

Esta nueva edición de Lin Foxhall, autora especializada en historia y arqueología griega, se desarrolla en ocho capítulos. En el primero realiza una introducción para aclarar que el concepto de género debe ser observado como uno de los principios fundamentales a través del cual toda sociedad se organiza. Propone un repaso de este concepto en la Antigüedad Clásica y afirma que tradicionalmente se ha estudiado el género como una jerarquía en la cual el hombre marcaba la superioridad sobre la mujer y, a pesar de numerosos estudios de fuentes escritas y arqueológicas realizados, ninguno parece haber tenido especial interés en la vida de las mujeres en la Antigüedad.

Según nuestra autora, la mujer comenzó a ser motivo de análisis en la Antigüedad Clásica a través de estudios históricos-sociales realizados en Francia alrededor de 1965 y movimientos fuertemente tendenciosos como the 'second-wave feminist writers' (1960 y 1970) en donde la escritora Simone de Beauvoir marcó su influencia con su libro *The Second Sex* (1949). Esta nueva apreciación de la mujer en la Antigüedad se extendió al mundo anglo-americano en la década del 70. A continuación Foxhall repasa otros estudios posteriores sobre el género en la Antigüedad y su influencia en los diferentes enfoques que sobre este tópico hubo en los últimos tiempos, enfoques que abarcaron perspectivas sociales e ideológicas y que se forjaron en momentos históricos determinantes.

La autora insiste en la necesidad de este tipo de estudio en el mundo antiguo, porque ayuda a comprender nuestro presente, donde aún se conservan discriminaciones de esta naturaleza. Releva una serie de fuentes escritas, ya sean literarias, filosóficas, medicinales y judiciales que, a pesar de haber sido elaboradas la mayoría de ellas por hombres, proveen valiosa información sobre las actividades y costumbres de la Atenas clásica y de la República Romana y permiten vislumbrar con cierta reserva la posición de la mujer en esas sociedades. Lo mismo ocurre con la arqueología pues, a pesar de haber sido conceptualizadas y hechas por hombres, ofrecen datos valiosos de cómo la noción de género fue incluida en las vidas de estas comunidades. Concluye este primer capítulo explicando de qué manera ha estructurado el libro.

El segundo capítulo está destinado al estudio del hogar y la familia como el ámbito en donde se desarrollaba la vida privada en contraste con la vida cívica.

Describe la organización interna del hogar griego, cuya máxima autoridad era el padre y de él dependían los miembros de la familia. Del mismo modo se refiere a la organización familiar en Roma y su valor cívico. Compara dos autores, Aristóteles y Cicerón, para subrayar importantes diferencias en la concepción del matrimonio y la organización familiar. Luego analiza el 'Great Code' referido al matrimonio como institución legal en la ciudad de Gortina y la legislación romana sobre este mismo tema en la época de Augusto. Llega a la conclusión de que el matrimonio, la familia y el hogar son conceptos claves para entender el género en la Antigüedad Clásica. Las sociedades griegas y romanas usaban esta institución de manera diferente para construir y fomentar las expectativas sociales de género. En ambas sociedades el hogar era el espacio social en donde muchos de los vínculos que unían una familia eran relaciones asimétricas de poder y autoridad. Este era el primer espacio en donde los niños aprendían las diferencias de género en cuanto a sus roles dentro del hogar. El género, afirma la autora, vinculado estrechamente con el estado resultó una poderosa combinación para dar forma a las instituciones cívicas.

El tercer capítulo centra su atención en la selección de los procesos temporales y demográficos, que configuraron y modificaron la sociedad antigua durante la transmisión y reproducción de los valores de género, jerarquías y estructuras. Tanto en Grecia como en Roma la conservación del núcleo familiar se realizaba por vía paterna. Este tipo de relación mantenía la ilusión de familias ancestrales que las legitimaban en el poder. Estas familias regularmente formaban grupos cuyos roles, tanto en lo político como en lo social, eran importantes. A través de documentos relativos a sucesivos censos y también forenses, el autor confirma esta visión. En Atenas la organización en fraternías y demos certificaba la cualidad de ciudadano y, a pesar de que fueron sufriendo modificaciones, se mantuvieron durante largo tiempo. De todos modos tampoco esta forma de vinculación privilegiaba la conexión a través de la mujer. Algo parecido se puede decir del clan en Roma, institución documentada en fuentes muy antiguas (incluyendo las Doce Tablas). Sin embargo, su origen y sus funciones son oscuros y ninguna fuente es suficientemente segura.

Como temas propios de lo demográfico el autor analiza el rito de reconocimiento de la paternidad, la exposición de los infantes (ya sea por razones económicas, genéricas, malformación física, o ilegitimidad), la mortalidad infantil, la escasez de población ciudadana, la población infantil, su educación,

costumbres, roles diferenciados por el género, el tratamiento discriminatorio de la mujer desde su infancia y las diferencias sociales. También dedica una parte del capítulo al estudio de la conmemoración de los muertos, las tumbas, y los epitafios en el mundo antiguo, destinados generalmente a perpetuar una elite a través de la conmemoración de los hombres que lideraban las principales familias.

El siguiente capítulo trata del cuerpo, pues, según nuestra autora, en el mundo clásico, el género construido como oposición jugó un poderoso rol en la formación del pensamiento, las creencias y el comportamiento alrededor de este tema. En efecto, desde las más antiguas fuentes el cuerpo del hombre es representado como superior al de la mujer. Tanto en Grecia como en Roma era considerado como la manifestación exterior de una cualidad esencial de una persona: lo bueno relacionado con lo bello y a la inversa. Lo mismo con respecto a la salud del cuerpo. Un cuerpo sano era indicio de una moral correcta.

Desde el punto de vista biológico la mujer era considerada inferior. Foxhall cita a Aristóteles (*La generación de los animales*) para fundamentar la extendida creencia de que la mujer era un ser pasivo, receptor de la semilla de la vida que únicamente producía el hombre. Comenta luego el *Corpus Hipocrático* en donde se habla de la diferente constitución de los cuerpos femeninos y masculinos y de enfermedades propias de la mujer causadas por su estilo de vida sedentario. En Roma se habla de un régimen necesario para el cuerpo, pues su cuidado tiene implicancias morales. En efecto, un cuerpo enfermo o desequilibrado supone una moral negligente de la persona. Un buen régimen es sinónimo de autocontrol y, en el caso del hombre, le permite adquirir la totalidad de su masculinidad. La autora cita a Jenofonte (*Económico*), que realiza una detallada descripción de un régimen de vida provechoso, que incluye ejercicios y cuidado del cuerpo. También en este aspecto la diferencia entre el hombre y la mujer es notoria. Los regímenes están destinados a los hombres y no a las mujeres, que, por su rol, poseen una vida completamente sedentaria. Lo aconsejable para el buen estado de la mujer, según Jenofonte, era dedicarse a las actividades del hogar.

En el mismo capítulo, la autora destina un extenso apartado para comentar el estudio de las máscaras funerarias en Roma como tema indispensable para comprender las diferencias de género y las sociales.

Posteriormente analiza un discurso de Demóstenes y otro de Esquines que sirven para ejemplificar el concepto de que el cuerpo del hombre es reflejo de

un estatus político y social vinculado con valores morales y, por lo tanto, esto lo disponía favorablemente para el servicio a su comunidad. También dedica un apartado al fenómeno de la guerra, el cual, tanto en Grecia como en Roma, era un terreno propicio para que el hombre demostrara su valor frente a otros hombres. Por supuesto, esta actividad estaba totalmente vedada a la mujer.

El capítulo quinto trata sobre la riqueza como argumento para demostrar que la mujer que pertenecía a esta clase alta poseía más prerrogativas que una mujer de clase baja. De todos modos existían restricciones en cuanto a lo que le correspondía como herencia tanto en Grecia como en Roma, pues no había equidad al respecto y el hijo varón siempre recibía más. Inclusive nunca llegaba a ser administradora de sus bienes, sino que existía la figura de un tutor, que en el caso de Roma estaba fuertemente institucionalizada. Esto sugiere, según la autora, que la mujer en el mundo antiguo era considerada fundamentalmente diferente tanto en lo político como en lo económico y esto la hacía potencialmente vulnerable. La riqueza también determinaba las labores de las cuales estaban eximidas las mujeres de clase alta y se destinaban principalmente a las mujeres esclavas. Por otra parte, existen numerosos documentos escritos e iconográficos que hacen referencia a los oficios desempeñados por la clase baja. La autora realiza un recuento de los trabajos femeninos realizados por este tipo de mujeres (niñeras, parteras, curanderas, camareras, cocineras, etc.). Dedicar, inclusive, un apartado al tema de la prostitución y lo describe como un ejercicio completamente legitimado en el mundo antiguo. Los últimos apartados hacen referencia al aspecto material de la riqueza como un concepto clave para entender la significancia social y política de la misma. La vestimenta, las joyas, la dote, el ajuar, etc., proveen valiosa información acerca del género, la condición, la edad y la jerarquía social.

El contenido del capítulo sexto está basado en la descripción del espacio físico. El mundo antiguo, afirma el autor, era consciente de la implicancia social y política del espacio y su potencial manipulación. La distinción entre espacio público y espacio privado es clave para entender cómo la diferencia de género funcionó en este aspecto, pues la mujer aparece asociada más frecuentemente con el espacio privado, mientras que el hombre participa del espacio público. Esta distinción no era considerada del mismo modo en Grecia y en Roma. La autora realiza una descripción detallada del espacio privado en el mundo griego y demuestra que la información que proveen las fuentes escritas muchas veces

difiere de la provista por los restos arqueológicos. Por esta razón concluye afirmando que se debe considerar el espacio privado con mayor flexibilidad e incorporar en este, comportamientos propios del espacio público. Es decir, que podían realizarse negocios y otras transacciones en los hogares conservando el comportamiento apropiado.

En el caso de Roma y sobre todo para la clase prominente, las casas estaban distribuidas de modo tal que contemplaban espacios públicos para actividades políticas y cívicas y también existían otras áreas restringidas a invitados y miembros de la familia. Dedicó un apartado del capítulo para desarrollar brevemente estudios realizados sobre los restos arqueológicos de Pompeya y concluir que el uso de los espacios domésticos en Roma era muy diferente al de la Grecia clásica. Finalmente realiza una extensa referencia a los gimnasios griegos y los baños romanos como espacios públicos destinados exclusivamente para los hombres, que acudían allí para entrenar desde muy jóvenes y, al mismo tiempo, les permitía socializarse e integrarse en las comunidades más selectas.

En el capítulo séptimo presenta la religión y su relación con la sociedad. Tanto en Roma como en Grecia la religión y el sacrificio eran una actividad central y un acto esencial para la adoración, tanto pública como privada. Entre los estudiosos antiguos existen divergencias acerca de cuál era la intervención de la mujer en estos rituales. De todos modos en la mayoría de las representaciones visuales de sacrificios de animales la ausencia de la mujer confirma que su participación estaba prohibida. Sin embargo, existían festivales cívicos que involucraban a los diferentes sectores de la comunidad. Es el caso de las Panateneas donde, si bien en los juegos y competiciones las mujeres eran excluidas, podían participar en diferentes roles del ritual mismo, pero no todas, sino aquellas jóvenes que pertenecían a las familias más ricas y prestigiosas de la ciudad y que, por generaciones, habían organizado este festival. Esto nos permite entrever, comenta la autora, que el género en este caso estaba entrelazado con agendas sociales y políticas regidas por la riqueza y el poder.

En el caso de Roma, el Senado tenía a cargo los actos religiosos, aunque el resto de la comunidad también participaba de diferentes modos y según la ocasión. Igualmente en esta comunidad lo social, lo económico y lo político eran un ingrediente importante, pues en casi todos los actos religiosos oficiales, quienes participaban (hombres y mujeres) pertenecían a la elite de las familias ricas. En efecto, esta clase femenina privilegiada intervenía en los oficios re-

ligiosos. De todos modos, en general había pocas sacerdotisas y únicamente existía una institución tradicionalmente femenina, las Vestales, cuya tarea era guardar el sagrado corazón de la ciudad. En la época imperial se instituyó el culto al emperador y generalmente lo oficiaban sacerdotes, aunque surgieron también las primeras sacerdotisas de este culto, que eran las esposas de los emperadores, es el caso de Livia, que servía como sacerdotisa de Augusto, incluso fue deificada después de su muerte.

Tema aparte es el culto a Deméter en Grecia y el de Bona Dea en Roma, en el que participaban exclusivamente mujeres y cuyos ritos eran secretos. La autora relaciona este último con el culto a Baco por sus semejanzas, realiza un breve comentario de ambos ritos y propone la conjetura de que el culto báquico probablemente podría haber sido integrado en el de Bona Dea institucionalmente más aceptado.

La última parte de este capítulo está dedicada al análisis de evidencias literarias que testimonian prácticas muy difundidas en el mundo antiguo como las ofrendas votivas, las prácticas de magia, maldiciones y hechizos utilizadas para detener o propiciar una amplia gama de situaciones personales (enfermedades, maldiciones, problemas amorosos, económicos, etc.).

Con un breve comentario concluye el capítulo octavo. Según Foxhall, ha intentado demostrar que la vida y la cultura de Grecia y Roma estaban configuradas por el género, el cual, más allá de ser presentado como una dicotomía entre lo masculino y lo femenino, tenía una realidad mucho más compleja, sobre todo por su interrelación con los factores sociales, políticos y económicos. Lo que ha querido remarcar Foxhall en este estudio es que el género es uno de los elementos más importantes del mundo antiguo, porque fue utilizado para institucionalizar específicamente jerarquías, divisiones y límites. En efecto, si bien la mayoría de las fuentes se ajustan a los paradigmas generalizados de la polaridad de género, no se debe descartar la importancia de la diversidad en la realidad de las prácticas de la vida cotidiana del mundo antiguo. Finalmente concluye afirmando que muchas de esas prácticas y concepciones constituyen un valioso legado que permanece en nuestro pensamiento actual. Por esta misma razón, el estudio del género en la Antigüedad Clásica se convierte en un imperativo determinante.

María Cristina Silventi
Universidad Nacional de Cuyo